

Ejército de Oriente, á las órdenes del ilustre General Porfirio Díaz, á la plaza de Puebla, defendida por tropas imperialistas, el 2 de Abril de 1867; pues tanto las condiciones en que relativamente se encontraban las fuerzas beligerantes y lo fuerte de la plaza, como lo peligroso y difícil del combate de calles, imprimían á la operación un carácter sumamente delicado, de tal manera, que la más mínima vacilación, la falta de energía y arrojo de algunos de los jefes de columna, ó la menor muestra de impericia del General, podían haber dado lugar á una catástrofe. La guarnición contaba con tres mil hombres, número poco más ó menos igual al de las fuerzas asaltantes; pero el número de sus cañones, de sus municiones y de todos los elementos de defensa, eran superiores á los que las tropas republicanas contaban para el ataque. Tenían éstas, sin embargo, la ventaja preciosísima de estar animadas por el más acendrado patriotismo, de contar entre sus filas valientes Jefes y Oficiales, y de tener á la cabeza un Jefe ya laureado en cien combates, y cuya pericia y valor, era la prenda más segura de la victoria.

“Examinando la operación desde el doble punto de vista de la estrategia y de la táctica, observaremos fácilmente que fué llevada á cabo sin apartarse un solo punto de las reglas prescritas por estas dos partes fundamentales de la ciencia de la guerra.

“En efecto, la situación estratégica del Sr. General Díaz, que con el Cuerpo de Ejército de su mando sitiaba en regla la plaza de Puebla en los últimos días de Marzo de 1867, era muy delicada. El traidor Márquez, á la cabeza de una respetable división de caballería de línea y aprovechándose de la profunda oscuridad de la noche, había logrado evadirse de la plaza de Querétaro, sitiada por los Ejércitos republicanos del Norte y de Occidente, durante los primeros días del sitio y cuando aún no se cerraba sobre la plaza la línea de contravalación. Dicho Jefe imperialista se dirigió rápidamente á la plaza de México, con objeto de recoger la mayor parte de las tropas que la guarnecían, organizar allí otras nuevas con que dejarla cubierta, y luego contramarchar con rapidez en auxilio de Querétaro. Pero las circunstancias de la guerra, que como todos los militares saben, varían á cada momento, lo hicieron cambiar de plan. Supo al llegar á México que el General Díaz sitiaba en toda regla la plaza de Puebla, y comprendiendo toda la importancia que había en impedir que la expresada plaza cayera en poder de las fuerzas republicanas, no vaciló un momento, y á la cabeza de una respetable división de las tres armas, se dirigió á marchas forzadas contra aquel caudillo de la República para obligarle á levantar el sitio y consumir su derrota, en combinación con las fuerzas imperialistas de la plaza. El Sr. General Díaz, cuyos inteligentes exploradores lo tenían constantemente al tanto hasta de los menores movimien-

tos del enemigo, supo con oportunidad la violenta marcha de Márquez; comprendió toda la gravedad de su situación, y en consecuencia, obró con la decisión y actividad que en estos casos prescribe el arte. Si levantaba prontamente el campo para salir al encuentro de su enemigo exterior y presentarle una batalla campal, corría el inmenso peligro de encontrarse entre dos fuegos en los momentos decisivos; pues era evidente que las tropas de la plaza saldrían sobre su retaguardia y tomarían toda clase de precauciones para no empeñarse con las fuerzas republicanas, sino en el momento oportuno de la batalla general. Si se decidía simplemente á levantar el sitio y emprender la retirada, no habría logrado otra cosa que desanimar á sus soldados, sembrando el desaliento en sus corazones y haciendo estériles sus sacrificios en favor de la República; mientras que el enemigo, haciendo su incorporación con las fuerzas de la plaza, organizaría un fuerte cuerpo de ejército y destruyendo al republicano, hubiera podido volver á prestar un auxilio eficaz al atribulado Maximiliano y su sitiado ejército.

“No quedaba, pues, al caudillo de la República más que el recurso de dar prontamente un enérgico y brusco asalto á la plaza; pues cayendo ésta en su poder, antes de que Márquez le abordara, no sólo cambiaba por completo la faz de la cuestión y se aseguraba la victoria de las armas republicanas por todas partes, sino que volviendo con rapidez contra Márquez, y destruyéndolo, hacía imposible todo auxilio á los sitiados de Querétaro. El 1.º de Abril, fecha en que ya Márquez sólo distaba tres jornadas de la plaza, el Sr. General Díaz expidió las órdenes respectivas para dar el asalto en la madrugada del 2.

“La operación fué ordenada de la manera siguiente: “Sabido perfectamente que en la guerra de calles, las fuertes columnas de ataque, sobre experimentar mayores pérdidas, son más susceptibles de desordenarse que las de poca fuerza, organizó trece columnas de ataque compuestas de 80 á 120 hombres cada una y á las órdenes de los valientes republicanos Cravioto, Carreón, G. Rodríguez, Márquez Galindo, D. Acuña, Vázquez, Mier y Terán, Enríquez, Carbó, Pacheco, C. Bonilla, Andrade y León. Estas fracciones tenían que emprender el asalto simultáneo sobre todo el perímetro fortificado de la plaza, con excepción de las fortificaciones del Carmen, sobre cuyo punto iban á ser dirigidas otras tres columnas de reserva fuertes de 300 hombres cada una y á las órdenes de los Jefes Luis P. Figueroa, Pinzón y M. Figueroa, con el único objeto de llamar fuertemente la atención, por medio de un rudo, pero no decisivo ataque, á fin de atraer á dicho punto todas las reservas de la plaza, dando así mayor probabilidad de buen éxito á las verdaderas columnas de ataque.

“Era tal la falta de municiones de las tropas republicanas, que el General en Jefe se vió obligado á recoger todos los cartuchos de la caballería, para poder completar á la infantería una media dotación de combate. De acuerdo con esta disposición, todos los jefes de columnas recordaron á sus valientes soldados que poseían una bayoneta, recomendándoles que sólo hicieran uso de su fuego á quema ropa ó cuando el enemigo volteara caras, y que debían marchar con el arma embrazada y sin disparar, hasta transponer los fosos y escalar los parapetos.

“Los soldados de las columnas iban provistos, unos con los útiles de zapa necesarios para allanar cualquier obstáculo que se presentara, y otros con costales rehenchidos de paja, pues no había habido tiempo ni material necesario para la construcción de faginas con objeto de llenar los fosos y pasar á la berma de los parapetos.

“Estando cubiertas todas las clases y habiéndose presentando al Sr. General Díaz, con anterioridad, multitud de jefes y oficiales deseosos de servir á la patria, supo utilizarlos en la importante operación que iba á verificarse; los dividió en tantos grupos, cuantas columnas de ataque se habían organizado, con la orden terminante de que cada grupo marchase á retaguardia de cada columna, sin permitir bajo ningún pretexto, que se rezagara soldado alguno ó esquivare el combate, que después de la victoria y bajo su más estrecha responsabilidad, se consagrasen á reprimir cualquier síntoma de desorden, y por último, que no permitieran que se apartaran los soldados de su columna respectiva.

*
*
*

“Tomadas estas disposiciones y aprovechándose de la oscuridad de la noche, las columnas emprendieron su marcha con el mayor orden y sigilo, para ir á establecerse lo más cerca posible y sin ser sentidas, frente á los objetivos que tenían designados, esperando sólo la señal, que ya en esos momentos todos conocían, para dar el asalto.

“Estas columnas destacaron á su vez pequeños grupos de tiradores, que obrando con la mayor precaución y marchando con el mayor silencio, se apostaron en las alturas de derecha á izquierda, tanto para proteger los flancos de su respectiva columna, como para dominar con sus fuegos al parapeto atacado.

“El General en Jefe había dispuesto que sobre la cumbre del cerro de San Juan se construyera un alto maderamen revestido por todas partes de lienzo y estopas bien empapadas de petróleo y que á su pie se estableciera un jefe, con la misión de encenderlo en el momento que escuchase tres puntos agudos de algunos cornetas que, desde el General en Jefe, se escalonaron hasta el pie del cerro de San Juan.

“Serían las dos de la mañana cuando las columnas encargadas de llamar la atención por el lado del Carmen, abrieron su fuego de fu-

silería, prorrumpiendo en ruidosos gritos de guerra que daban á entender á los sitiados tener encima un ataque real. En efecto, el fuego de éstos se nutría más y más y la línea de tiros se iba extendiendo poco á poco por todos los parapetos, azoteas, balcones y ventanas vecinas del punto atacado, lo cual hacía ver claramente que todas las reservas enemigas entraban sucesivamente en línea. En el resto del perímetro fortificado de la plaza, reinaba el más profundo silencio, y sólo de los fuertes de Loreto y Guadalupe, ocupados por destacamentos de la plaza, salían de cuando en cuando algunos cohetes como mútuas señales. Persuadido el General en Jefe, por lo nutridísimo y extenso de los fuegos del Carmen, de que el enemigo había empeñado todas sus reservas, mandó tocar los tres puntos agudos de que hemos hablado, y al momento apareció una pequeña luz en la cima del cerro de San Juan, que creciendo con la rapidez de la pólvora, se transformó en una inmensa llama cuyos rojos reflejos, al proyectarse sobre la ciudad, le dieron el aspecto de un incendio. Instantáneamente y como por encanto, se escucharon mil gritos de guerra y un nutridísimo fuego de fusilería estalló en todo el perímetro fortificado de la plaza, mezclándose á él, poco después, el ronco estallido de los cañones. En pocos momentos quedó la ciudad como envuelta en una espesa nube de humo y de polvo: el primero, causado por el vivísimo fuego, y el segundo, por el choque de las innumerables balas y metralla que rebotando de acera á acera á lo largo de las calles enfiladas, iban á terminar su irregular trayectoria hasta los suburbios.

“De la ciudad sólo se distinguían las cúspides de las torres, semejando á un archipiélago de pequeños islotes batidos por las furiosas olas de un mar agitado por la tempestad.....

*
*
*

“La encarnizada lucha se prolongaba, y los pacíficos habitantes de la ciudad, relegándose hasta lo más oculto de sus habitaciones, escuchaban amedrentados tan tremendo ruido. Era un cataclismo de guerra que anunciaba el nacimiento de una nueva era política, de igual manera que los cataclismos geológicos anuncian una nueva transformación en parte de la superficie terrestre. Ese conjunto de gritos, del pavoroso silbido de los proyectiles y del fragor de todas las armas, era como el estertor del moribundo imperio. Pero repentinamente, sin cesar de tronar la fusilería, guardan sombrío silencio los cañones, y el que hubiera presenciado aquel espectáculo desde el zenit de la ciudad, habría observado que el círculo de luz producido por los fuegos de los contendientes, se reducía poco á poco y con la mayor uniformidad, á menor diámetro: era que los parapetos habían sido tomados, aunque á costa de la sangre generosa de muchos de nuestros valientes soldados, pues los sitiados, no menos bravos, se defendían palmo á palmo, y al replegarse al centro de la

plaza hacían alto en cada calle, en cada esquina y en cada encrucijada, para renovar la resistencia y aun para intentar vigorosas vueltas ofensivas, que á pesar de su desesperada energía, tenían que fracasar ante los intrépidos soldados de la República.

“Por fin, la defensa quedó concentrada á la Plaza de Armas de la ciudad, donde se habían replegado la mayor parte de las fuerzas imperialistas, pues el resto de las que no habían sucumbido en la lucha, había caído prisionera de guerra ó había huído en dirección de los fuertes de Guadalupe y Loreto en busca de su salvación.

“La caballería, entretanto, formada en columna por escuadrones en los puntos estratégicos más convenientes, se mantenía serena y sombría, esperando el caso, nada probable pero sí verosímil, de un revés para proteger la retirada de las tropas rechazadas.

“Fastidiado el General en Jefe de la prolongada resistencia, toma gran parte de las reservas que simulaban un ataque al Carmen, refuerza prontamente con ella á las tropas asaltantes, las electriza con su presencia, y todas, con el más vigoroso impulso, vencen la última resistencia de los imperialistas.

“El día comienza á despuntar y sus primeras luces se reflejan sobre las armas victoriosas de la República. Mil gritos atronadores de victoria resuenan por todas partes, á cuyos ecos y al repique general de las campanas, se preguntan entre sí los asombrados habitantes..... ¿de quién será la victoria?..... ¡Ah! El Dios de los ejércitos sólo concede la victoria á los que se consagran á la defensa de una causa santa..... La victoria no podía ser sino de los bravos defensores de la República.

“El General en Jefe no pierde un solo instante, sus tropas se reorganizan y toman un ligero descanso para proseguir sus operaciones contra los fuertes de Guadalupe y de Loreto, mientras los artilleros, secundados por fuertes faginas, retiran todas las piezas de artillería del enemigo para formar un parque general. En efecto, algunos instantes después, mientras una parte de las fuerzas se ocupa en levantar el campo, asegurar los prisioneros de guerra y ocupar militarmente la ciudad, la otra, bien provista ya de municiones tomadas del parque general del enemigo y con un material de guerra escogido, se dirige activamente á practicar la embestida á dichos fuertes y establecer en su primera posición las baterías que deben bombardearlos.

“El comportamiento de los jefes, oficiales y tropa de todo el cuerpo de ejército republicano fué brillante; y no hubo un solo momento durante la lucha, á pesar de la enérgica resistencia de los imperialistas, en que hubiera podido ponerse en duda el resultado de la operación.

“Las pérdidas consistieron en un jefe, siete oficiales y 246 indi-



SITIO Y ASALTO DE PUEBLA
7 de Marzo á 5 de Abril de 1861

viduos de tropa, muertos; y 7 jefes, 28 oficiales y 198 individuos de tropa, heridos, entre los cuales debemos hacer mención del valiente comandante Carlos Pacheco, que allí perdió gloriosamente un brazo y una pierna.

“Mayores fueron las pérdidas del enemigo en muertos y heridos, dejando en poder de los republicanos, cerca de 2,000 prisioneros y un inmenso material de guerra, que más tarde debía servir para derrotar á Márquez en los campos de San Lorenzo, y para sitiarse y hacer rendir á la plaza de México, dando así el golpe de gracia al llamado imperio de Maximiliano.

“Así terminó aquella gloriosa jornada, que forma una de las páginas más brillantes de nuestra historia militar. Dos días después, y como consecuencia de ella, los fuertes de Guadalupe y de Loreto se rindieron á discreción.

¡Gloria y Honor á los valientes héroes del 2 de Abril de 1867!

¡Honor y Gloria á las armas de la República Mexicana!—*Sóstenes Rocha.*”

“Puebla, Abril 2 de 1867.—A las diez y diecisiete minutos del día.—De los Alamos.—Fuerte de Zaragoza, Abril 2 de 1867.

“Ciudadano General García:

“Son las seis de la mañana, hora en que he tomado esta plaza por asalto. El Carmen y los cerros son los únicos puntos que quedan en poder del enemigo; pero los tengo incomunicados y sin esperanza de entenderse entre sí.

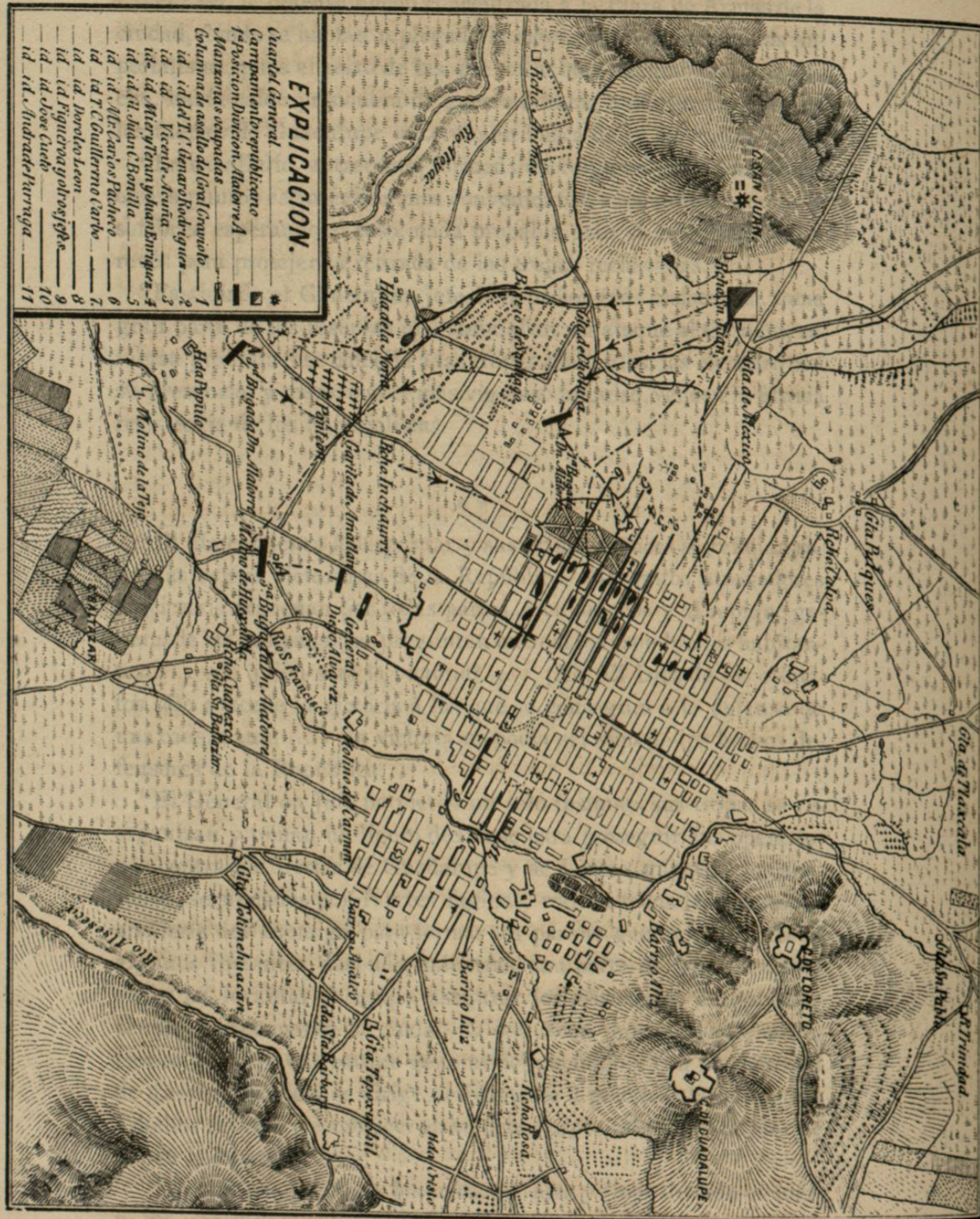
“El Carmen y toda la ciudad ha sido en nuestro poder.

“Quijadas Noriega ha sido fusilado en el acto.

“Sólo los dos cerros le quedan al enemigo.—*Díaz.*”

“Telégrafo eléctrico de Veracruz.—Oficina de Puebla.—Remitido de Orizaba.—Abril 2 de 1867.—Recibido en Puebla á las dos y veinte minutos de la tarde.—Señor General Díaz: ¡Viva el ejército de Oriente! Después caerán México y Querétaro; estoy ya aquí trabajando con esperanzas de buen éxito para enviarte recursos.—*Gamboa.*”

“Telégrafo eléctrico de Veracruz.—Oficina de Puebla.—Remitido de Orizaba.—Abril 2 de 1867.—Recibido en Puebla á las dos y veintiséis minutos de la tarde.—El triunfo de Puebla es el de la República. Mi profecía se ha cumplido. ¡Gloria al ejército de Oriente!—*Rincón.*”



SITIO Y ASALTO DE PUEBLA
7 de Marzo á 2 de Abril de 1867.

"Telégrafo eléctrico de Veracruz.—Remitido de Orizaba.—Recibido en los Alamos á las once y cincuenta y cinco minutos de la mañana.—Señor General Díaz: Querido compañero. Contesto el mensaje de Ud. de hoy, enviándole un abrazo con toda la efusión de mi alma. ¡Gloria al ejército de Oriente! ¡Gloria á su invicto General en jefe!

"He comunicado la toma de Puebla que acaba Ud. de consignarme, á la brigada que opera sobre Veracruz; dentro de pocos momentos se celebrará en toda ella tan plausible acontecimiento con el entusiasmo que se está celebrando aquí, como un suceso que asegura la toma de Veracruz, la toma de Querétaro y el restablecimiento de la paz en toda la República.—*García.*"

"Remitido de la Casa de Mata.—Abril 2 de 1867.—Sr. Lic. Benítez: ¡Gloria al ejército de Oriente y á su bravo General en jefe! Aquí hemos celebrado la toma de Puebla, arrancando al enemigo una salva de más de cien tiros de cañón, por no tener artillería en este campo con que hacerla dignamente. Un simulacro, ejecutado por toda la caballería frente á los baluartes de la plaza, los hizo romper un nutrido cañoneo que sólo ha matado un caballo y herido dos.—*General Baranda.*"

"Gobierno del Estado Libre y Soberano de Puebla.—Secretaría de Gobernación y milicia.—El ciudadano General en jefe de la división del Sur, se ha servido dirigir al ciudadano gobernador del Estado, la comunicación que sigue:

"Ejército Republicano.—División del Sur.—General en jefe.—Acabo de recibir del ciudadano General Francisco Leyva, el siguiente telegrama:

"Remitido de Ayotla.—Abril 11 de 1867.—Recibido en Puebla á las nueve y treinta minutos de la mañana.—Sr. General Alvarez: El traidor Márquez ha sido derrotado ayer totalmente por la división de caballería de mi mando y la del Sr. General Guadarrama, desde la hacienda de San Lorenzo hasta el pueblo de la Magdalena cerca del Peñón; fué tenazmente perseguido hasta que acabó la luz del día. Toda su artillería, tren de carros, parque y armamento está en nuestro poder; un gran número de prisioneros, de ellos muchos austriacos y húngaros, lo mismo de muertos* y heridos, son el testimonio de esta espléndida victoria. El traidor Márquez y demás cabecillas, con un pequeño resto de tropa, escaparon á pezuña de caballo, metiéndose á la capital de la República.

"Felicitó á Ud. cordialmente por este triunfo de las armas republicanas.

"Sírvasse Ud. darle publicidad á este feliz acontecimiento.—*Francisco Leyva.*"

"Y tengo el honor de transcribirlo á Ud. felicitándolo por tan fausto acontecimiento y para que, si á bien lo tiene, se sirva mandar dar al preinserto mensaje la publicidad correspondiente.—*Diego Alvarez.*"

"Y de orden del ciudadano Gobernador, se publica para el conocimiento del público.—*José María Bautista.*"

"Ejército republicano.—Línea de Oriente.—General en Jefe.—Hoy digo al ciudadano Gobernador del Estado de Puebla de Zaragoza, lo siguiente:

"Supongo que entre las atenciones que preocupan al Gobierno del digno cargo de Ud., no ha olvidado el cumplimiento de las leyes de Reforma, que han incrustrado en el código nacional los fecundos principios de ilustración y progreso, pero cumpliendo con uno de los deberes que me impone mi cargo, recuerdo y recomiendo á Ud. los que se refieren á exclaustración de monjas, uso de vestidos clericales, supresión de cabildos y demás sobre la policía de los cultos."

"Y lo transcribo á Ud. para su cumplimiento en la parte que le corresponde, protestándole las seguridades de mi aprecio.

"Independencia, República y Reforma. Puebla de Zaragoza, Abril 2 de 1867.—*Porfirio Díaz.*—Ciudadano Gobernador del Estado de Oaxaca."

"Ejército republicano.—Línea de Oriente.—General en Jefe.—Con fecha de ayer dije al ciudadano Ministro de Guerra y Marina, lo que sigue:

"Acabamos de tomar por asalto la plaza, el Carmen y demás puntos fortificados que el enemigo tenía en esta Ciudad, quitándole un numeroso tren de artillería y un depósito abundante de parque.

"Don Febronio Quijano, Don Mariano Trujeque y otros veinte jefes y oficiales traidores, fueron hechos prisioneros y ejecutados con arreglo á la ley.

"Una parte de la guarnición enemiga se ha refugiado en los cerros de Guadalupe y Loreto, en espera del auxilio que trae Don Leonardo Márquez, y éste, según los informes de mis exploradores, pernoctó ayer en San Nicolás con una división de tres á cuatro mil hombres y diez y ocho piezas de artillería.

"Aun no puedo decir á Ud. las operaciones que me propongo ejecutar, pero si me creo en aptitud de asegurarle, que los cerros sucumbirán y Márquez será abatido, si no regresa luego que sepa el revez que sufrieron sus cómplices.